

LA PRODUCCION IMPRESA EN EL SIGLO XVI: CARACTERISTICAS INTRINSECAS Y REPERCUSION SOCIAL

Clotilde Olaran Múgica

Resulta ya un término aceptado el de "incunables" para referirse a toda la producción bibliográfica por medio de la imprenta en Europa hasta el siglo XVI. Si bien esta separación drástica entre lo que es propiamente un incunable y no, a veces cuesta mantenerla desde el punto de vista de la consideración intrínseca del ejemplar, en líneas generales, hay que decir que el libro alcanza en el siglo XVI cotas de perfección bibliográfica difícilmente conseguidas en tiempos anteriores. En el siglo que le sigue, la decadencia y la crisis generalizada de la economía deja sentirse claramente en lo que a la composición tipográfica se refiere. Y es que la historia del libro y de la Imprenta no se escapa a las repercusiones de todo tipo que imponen los ciclos económicos. Por otro lado, la influencia del libro en la propagación de nuevas tendencias religiosas y en la propagación de los nuevos hábitos sociales, además de ser un hecho perfectamente demostrado, parece del todo lógico. Por ello, el libro en sí además de ser un reflejo de la Historia de las mentalidades, actúa como catalizador en la divulgación de nuevas corrientes del pensamiento.

Si se hace un estudio analítico de las materias que distrajeran la atención de los impresores europeos en el siglo XVI, se constata lo siguiente:

En el siglo XVI sigue habiendo una preocupación clara por el libro religioso, alcanzando cotas de hasta un 45% del total de la producción impresa.

Las Biblias, en especial, son los libros mayormente producidos y en este siglo que nos ocupa, alcanzan una producción tipográfica de hasta 127 ediciones. (Nótese que no se han contabilizado ni las emisiones ni los diferentes estados a que dieron lugar).

No hay que olvidar las importantes ediciones del siglo XVI: en 1502 comienzan los trabajos de la denominada "Biblia Políglota Complutense" o de "Alcalá" (en hebreo, griego, caldeo y latín) bajo la tutela del Cardenal Cisneros y preparada por Nebrija, Núñez Pinciano, López de Estúñiga y otros. La primera Biblia, traducida por Lutero apareció en 1534, y se asegura que se editaron en vida del autor 430 ediciones; bien en su totalidad, bien en partes de ella. Con el precedente de la Biblia políglota —primera de las de su clase— comienza la época de las grandes Biblias Políglotas: la Biblia Políglota de Amberes (hebreo, latín y griego), que fue parcialmente costeadada por Felipe II en un esfuerzo desmedido de defensa del catolicismo, dirigida por Benito Arias Montano e impresa por Plantin (1568-1572). En 1572 aparece en Basilea la edición princeps de la Biblia del Oso y en el 92 la Vulgata Clementina. En definitiva la Biblia en el siglo XVI, fue traducida a todas las lenguas cultas europeas: holandés, 1523 (A.T.) y 1525 (N.T.); francés, 1523; inglés 1524 y 1535; danés 1524; sueco 1526 y 1540-1541; islandés, 1540 y 1584; español y croata, 1543; finlandés, 1548-1552; polaco 1552-1553; eslavo, 1557-1582; rumano 1561-1563; lituano, 1579-1590 y euskera, 1571.

También se publicaron libros litúrgicos y de doctrina cristiana. La obsesión por la defensa del catolicismo se convierte así en el acicate que mueve los países de la Contrarreforma a hacer un esfuerzo para publicar los textos sagrados.

El Concilio de Trento, que se desarrolla entre 1545 y 1563, abre la era de la Contrarreforma, para hacer frente a los seguidores de Lutero. Sus decisiones tuvieron amplia trascendencia en el mundo del libro. Se publicó la Vulgata, como único texto auténtico de la Biblia, según la revisión de Sixto V que se publicará en 1590. Se definieron los libros censurables: los heréticos, los de magia y los contrarios a las "buenas costumbres", así como los doctrinalmente malsanos. El Concilio, por otro lado, alienta los trabajos de erudición religiosa, de patristica y de historia eclesiástica, con el objeto de hacer frente a los ataques protestantes y dicta la prohibición de imprimir libros sin la autorización del obispo.

En 1559, Paulo IV promulga oficialmente el primer "index librorum prohibitorum", impreso en Roma por Antonio Blado; al parecer, con tal cantidad de erratas, que ni siquiera circuló. Este Index fue suavizado por Pío IV, publicándose en 1564 otro, impreso por Pablo Manuzio.

Sin embargo la producción impresa en el siglo de la Reforma y de la Contrarreforma no se centra exclusivamente en el libro religioso.

Entre los libros laicos, destacan los dedicados a la enseñanza, como la Gramática de Mates titulada "Principia artis grammaticae" impresa en Barcelona en 1503. Entre 1531 y 1543, Robert Estienne, imprime un "Thesaurus linguae latinae", del que es digno compañero el "Thesaurus graecae linguae", impreso por su hijo, en Ginebra, 1572. Entre 1536 y 1538, se publica la obra más importante de Etienne Dolet, "Commentarii linguae latinae", en dos volúmenes. Entre las obras lexicográficas, destacan los diccionarios impresos por Robert Estienne.

El libro técnico tiene también su expresión en esta época. En 1529, Geofroy Tony publica "Champ Fleary", primer libro técnico sobre el diseño de la letra tipográfica.

La edición de obras de los autores clásicos, se inicia en este periodo, con las "Opera de Virgilio", publicadas en 1501, e impresas por el magnífico Aldo Manuzio en Venecia, con una preciosa cursiva diseñada por Griffo.

En 1526 aparece también en Venecia, una traducción de la "Iliada" de Homero, primer libro impreso en griego moderno. Se publican así mismo, obras de Cicerón, Aristóteles, Esopo, Salustino, Ovidio, Séneca, etc...

En 1532 aparece la versión final de "Orlando Furioso" de Ludovico Ariosto, el único libro del siglo XVI que se considera best sellers.

El siglo XVI, en general no conoce todavía más que los manuales técnicos simples, claros y de fácil acceso.

Las obras de agricultura conocen gran difusión, publicándose profusamente las obras de Pietro di Crescenzi, agrónomo italiano del S. XIII. También se difunden libros de aritmética y práctica comercial, sin duda demandados por el auge comercial y el despertar de los negocios en la Europa del XVI.

La producción impresa no debe su incremento espectacular tan sólo al aspecto religioso, como instrumento al servicio de las creencias, sino que tiene su explicación también en un renacimiento cultural, un crecimiento económico y una expansión demográfica de la que dicho siglo es testigo.

La lectura en general, creció considerablemente en Europa, como parece desprenderse del incremento de los libros impresos, cuyo censo pasó de unos 20 millones de ejemplares en el siglo XV a unos 200 en el XVI. También aumentaron los libros de estudio, desde las simples cartillas, hasta las obras de derecho, medicina, teología y Filosofía; los de cultura superior humanística, clásicos e historia, principalmente y por último, los escritos en lenguas vernáculas, de cuyas lecturas eran capaces ya en esta época, muchísimas más personas de las que podían leer en latín o griego. En realidad en lo que se refiere a los textos griegos, la situación se presenta totalmente desfavorable. El motivo de ello puede estribar en parte a la dificultad de diseñar unos tipos convenientes, en el que el número de variantes

no creciese de modo disparatado por las varias combinaciones de letras con acentos y espíritus, pero más grave que las dificultades tipográficas fue la escasa demanda de textos griegos, que no bastaba para hacer rentable una edición, ya que el conocimiento del griego estaba poco extendido.

El progreso de los estudios filológicos en el siglo XVI, estuvo obstaculizado por las continuas controversias religiosas. Aunque Bessarión había sido estimulado por tales controversias para escribir dos libros breves de gran importancia para el desarrollo del método crítico, no es fácil describir controversias igualmente fructíferas entre los contemporáneos de Erasmo o la siguiente generación. Los trabajos sobre autores patristicos también hicieron algunos limitados avances en la última parte del siglo XVI.

En cuanto a la Censura Civil, puede decirse que los índices se inician con el que mandó publicar Enrique VIII de Inglaterra en 1529, seguido por el que Carlos V de España mandó compilar a la Universidad de Lovaina, en 1546. Pero el índice de libros prohibidos, no fue el único arma con que el poder intentó ahogar la libertad de expresión e impresión. En 1570, la Dieta alemana, pretende, sin conseguirlo, limitar el establecimiento de imprentas a las capitales de los estados principescos, las ciudades imperiales, ordenando la supresión de las restantes. Pío V establece el "nihil obstat" ("nada impide") y el "Imprimatur" ("imprimase").

En lo civil, tanto en Francia como en Inglaterra, se crea el D.L. ("depósito legal"), que consiste en entregar un número determinado de ejemplares de cada obra editada, a la Biblioteca de propiedad intelectual de cada país respectivo.

Esta materialización de la sensibilidad creciente acerca de la importancia del libro, se instituye por primera vez en Francia, en 1538, cuando Francisco I obliga a Robert Estienne a entregar un ejemplar de cada libro griego impreso por él a la Biblioteca Real, convertida así en la primera Biblioteca de propiedad intelectual.

En España, al privilegio vino a unírsele la "licencia", es decir, la autorización, reservada al Consejo Real en las Cortes de la Coruña, en 1554. En las de Valladolid, el oficio de impresor, se declaraba enteramente libre, pero también se advertía que quienes imprimieran libros sin licencia, perderían sus bienes, se les condenaría a muerte y los libros serían quemados. Muestra todo ello de la importancia reconocida conscientemente por parte del poder real, de la importancia del libro como vehículo transmisor de las ideas.

Otro requisito era la "aprobación", informe de una persona a la que se le había confiado el examen de la obra.

En cuanto a la composición tipográfica propiamente dicha, el siglo XVI se distingue, por su introducción en la segunda mitad, de la "talla dulce", es decir la nueva técnica del grabado, que consiste en ahuecar con un buril una plancha

de metal. Plantin ya utilizaba este procedimiento en 1558 en la "Magnífica y suntuosa pompa fúnebre, hecha en las exequias de Carlos Quinto celebradas en la ciudad de Bruselas". Muchos de los libros impresos más antiguos son de gran importancia artística, ya que se encuentran apoyados en la tradición de los manuscritos medievales.

Los primeros impresos tomaron como modelo los manuscritos, y de acuerdo con ellos, grababan los tipos, imitaban exactamente la confección de la página y en aquellos aspectos en los que no era posible el auxilio de la imprenta, buscaron la colaboración de los viejos métodos y admitieron la paleta de los iluminadores. Así lograron imprimir obras, que muchas veces no desmerecen en belleza a los manuscritos. Basta con observar la Biblia llamada de 42 líneas o de Mazarino, impresa por Gutemberg, en dos volúmenes tamaño folio, en 1456, que en una primera vista, parece tratarse de un manuscrito. La imitación a los manuscritos en los primeros libros impresos, se extiende también al hecho de carecer de título propiamente dicho. El texto comienza en la primera página, con las palabras introductorias "incipit" o "hic incipit". Sin embargo, pronto los libros impresos se alejaron de los manuscritos y se imprimieron ilustraciones en el texto.

En la ilustración del libro en este periodo, se produce la aparición de un factor nuevo: la colaboración de renombrados artistas que la encumbraron a la categoría de arte bibliográfico: Alberto Durero, Lucas Cranach el viejo...

La creación de nuevas clases de letra y su fundición alcanzan en este periodo su culminación, por lo que respecta a perfección y elegancia.

La cursiva de Francesco Griffo, aparece empleada por primera vez en las "Opera" de Virgilio impresas por Aldo Manuzio en Venecia 1501. En 1522, Ludovico Arrighi y el impresor romano Antonio Blado crean un tipo de letra de la cancillería papal, cincelada por Lautizio Perugino.

En 1525, Geofroy Tory, impresor y erudito francés, introduce los acentos (inventados por Aristófanos de Bizancio, bibliotecario de Alejandría), así como el apóstrofo y la cedilla (letra que toma del español). En 1531, Simón de Colines, impresor francés, graba el tipo de Saint Agustin Sylvius, que servirá de antecedente a Claude Garamond para grabar, en 1541, por encargo, los tipos llamados "griegos del rey". Robert Granjon, impresor, grabador y fundidor de tipos parisiense, publica en 1557 "Dialogue de la vie et de la mort" de Innocent Ringhier, con una letra de su creación, denominada "civilité" (al principio denominada "letra francesa"), que el quería convertir en letra nacional francesa, a la manera como el gótico, lo era en Alemania.

La encuadernación, en su sentido moderno, nace en Italia a principios del siglo XVI, pero con las claras influencias orientales, especialmente persas y otomanas. Aldo Manuzio, crea los formatos en octavo, introduce los entrelazados en oro y al propio tiempo, sustituye la madera por el cartón, para formar las tapas.

En España, Pedro del Bosque, protegido por Felipe II, utilizó el becerrillo, con cortes dorados. Las tapas se adornaron con motivos heráldicos y arquitectónicos, castillos, águilas, leones, bustos de guerreros, todo ello en oro o gofrado, esparcido por los espacios libres de la encuadernación o formando orlas o hexágonos.

Uno de los aspectos más interesantes a la hora de estudiar el libro en el siglo XVI, es su consideración social. En este siglo, el libro empieza a alcanzar rango de "utilidad pública", surgen las Bibliotecas de tipo moderno, gracias al incremento escrito y se desarrollan según los nuevos criterios. Es precisamente en este siglo cuando comienzan a fundarse las Bibliotecas que más tarde se denominarán "Nacionales", además de algunas Bibliotecas Universitarias.

Paralelamente, se incrementa el comercio de libros. En esta época del capitalismo temprano, en la que el comercio era considerado como fuerza impulsora vital para la prosperidad de las naciones, el comercio del libro iba a jugar también su papel en la relación de los diferentes países europeos. La relación entre las diferentes religiones se hace cada vez más regular y el círculo se amplía.

Si se hace un análisis de las tasas en lo que al libro impreso del siglo XVI se refiere, se observa un aparente abaratamiento del libro, debido fundamentalmente al aumento de tiradas, que normalmente alcanzan ya el millar de ejemplares. Además se buscó una tipografía en la que entraron más letras por línea y más líneas por página, lo que permitió ahorros sustantivos en la cantidad de papel y en los gastos de impresión y transporte, lo que incidiría directamente en los costos unitarios. Sin embargo, las ganancias de los impresores sin duda alguna, se incrementaron, ya que este abaratamiento del libro impreso no iba en igual proporción que la reducción de los costos de producción. Paralelamente, la efervescencia social a favor del imperio y la lectura, jugaba un papel a favor de los impresores, garantizando la venta y distribución de manera ascendente. En el siglo XVI, encontramos ya en Leipzig libreros de París y Venecia, que adquirían sus productos y arreglaban sus cuentas. Las casas más importantes de Alemania, fueron estableciendo cada vez en mayor número, depósitos permanentes de sus libros, los llamados "establecimientos de comisión".

Para poder precisar la enorme cantidad de publicaciones que aparecía anualmente, tenemos que utilizar los catálogos de libros. Del análisis de los mismos, se desprenden resultados interesantes. El primero que se publicó en 1564 se debe a Jonge Willer, de Augsburgo, movido por el interés de poner en conocimiento de sus clientes, las novedades de la librería nacional y extranjera, puestas a la venta en la Feria de Frankfurt.

En lo que se refiere a las Bibliotecas, cabría decir, que la tónica general en todas ellas, fue su colección reducida, en general de carácter teológico, su pobre instalación, la poca atención que les prestan las autoridades y el escaso uso que de ellas hace el público. No deja de entristecer la observancia de este hecho, ya

en una época temprana, como si fuese el presagio de lo que había de ocurrir hasta nuestros días, constituyendo así un hecho sistemático en la historia de la cultura. Se crearon muchas universidades en Europa, a las que fue preciso dotar de Bibliotecas, como la de Wurzburg, Königsberg, Wittenberg, Leyden, Ginebra, Edimburgo y Alcalá de Henares. Sin embargo la atención dispensada a las Bibliotecas no corría igual suerte que la que se dedicaba a la docencia y al reconocimiento social de los estudios.

Los eruditos bibliófilos, no dudaban, sin embargo, en conseguir ejemplares muy valiosos, tanto por su antigüedad, como por su rareza. Paralelamente, los reyes y príncipes, siguiendo la ruta marcada por los renacentistas, crearon riquísimas bibliotecas, marcando con ello aún más el divorcio entre las de tipo privado y las de uso público.